

Aún no se ponía en camino el conde de Monclova, cuando el gobernador<sup>1</sup> del Nuevo Méjico avisó al Virey que á aquella plaza habian llegado tres franceses, que iban á la colonia que su nacion habia poco antes fundado en el seno mejicano, cuya noticia sorprendió el ánimo de ambos vireyes, quienes con todas las diligencias practicadas para cumplir los mandamientos del Rey, no habian podido impedir lo que los franceses meditaban. Así que comunicado el negocio entre los dos, el conde de Galve mandó al gobernador de Coahuila, que con un destacamento, un geógrafo y un intérprete, marchara á aquella costa, y diera cuenta de las fuerzas que los franceses tenian en su colonia.

1689. 12.<sup>2</sup> D. Alonso Leon, gobernador de Coahuila, en el año siguiente salió con sus soldados á cumplir el mandamiento del conde de Galve. Caminó muchos dias por aquellos desiertos, hasta que habiendo salido á la Laguna de S. Bernardo, quedó pasmado con la vista de un fuerte comenzado, y muchos cadáveres aquí y allí de franceses, que se conoce que habian muerto, quién á golpes, quién á flechazos. El gobernador, deseoso de saber aquella tragedia, á cinco naturales que por fortuna se hallaron, preguntó cual era la causa de tan extraño acontecimiento. Unánimes estos respondieron que no lo sabian; pero que si queria averiguarlo, le darian noticia de aquel suceso cinco extranjeros, que eran reliquias de los que habian desembarcado en la vecina bahía que se hallaban entre los Asinais, nacion poco distante. D. Alonso Leon, resuelto á no dar la vuelta á Coahuila hasta apurar el caso, destacó algunos soldados que fueran á aquella pro-

1 Lib. Capitular.

2 Cárdenas, ensayo á la hist. de la Florida en este año.

vincia á buscar á los franceses, prometiéndoles de parte del Virey seguridad, y que serian repatriados. Despues de muchos dias volvieron los mensajeros con dos franceses, cuyos nombres eran Jacobo Grollet, y Juan L'Archiveque; los otros tres no quisieron fiarse de los españoles. Estos refirieron que los indios impensadamente cuando los suyos estaban ocupados en construir aquel fuerte, que llamaron de S. Luis, embistieron y mataron, y que ellos y sus compañeros debian sus vidas á la prontitud con que se pusieron en salvo. El gobernador vuelto á Monclova, despachó al Virey estos franceses, quienes ante él se ratificaron. Pensando el conde de Galve que aquel negocio era de la mayor importancia, con el capitán D. Andres Pez envió á la corte dos franceses, á la sazón que Carlos II que vivia temeroso de los proyectos de aquella nacion, que no cesaba de poner asechanzas á las posesiones españolas de la América Setentrional, pensaba en darles un buen golpe en la parte mas floreciente que tenian en aquellas partes, cual era las poblaciones que habia hecho en la isla española. Para esto, conociendo la solicitud y cuidado que tenia en el real servicio el conde de Galve, dejó á su disposicion el modo de hacer aquella jornada, encargándole sobre todo que procurara echarlos de aquella isla, pues eran malos vecinos.

13. Al tiempo que esto pasaba en Madrid, fué el levantamiento general de los Tarahumares y Tepehuanes, unidos con otras muchas naciones, que caen al Norueste de Méjico, suceso que hace este año notable en la historia. Esta sublevacion fué tanto mas peligrosa, cuanto que habia gran tiempo que secretamente se tramaba, y parecia que aquellas naciones con haber dado la muerte á los misioneros

franciscanos y tres jesuitas, con todos los españoles, estaban resueltas á hacer frente á todas las fuerzas de la Nueva España.<sup>1</sup> La causa de este levantamiento fué la misma que otras veces ha rebelado á los indios de la Nueva España: es á saber, las vejaciones que los infelices sufrían de los españoles, establecidos en las minas que abundan por aquella sierra madre. A esto se juntó<sup>2</sup> que sus antiguos sacerdotes, ó hechiceros les decian, haber llegado el tiempo en que recuperada su libertad, restaurasen la religion de sus mayores. Los gobernadores de los presidios inmediatos, oido esto, á toda furia despacharon correos al conde de Galve, quien respondió que en los pueblos fronterizos se hicieran levas, y sin darles tiempo á los amotinados de unirse, entraran por aquellas provincias, obligando á los indios á deponer las armas. Los capitanes y gobernadores cumplieron este orden; pero sus diligencias fueron inútiles, pues los naturales desde los picachos de aquellas sierras espianaban la ocasion de embestir á los españoles desvandados, y así sin recibir mal lo hacian. Esta guerra hubiera durado largo tiempo, y acaso se hubieran perdido todas aquellas provincias, como vemos en nuestra edad otras muchas, si los misioneros con apostólico zelo no hubieran apaciguado aquellos pueblos.<sup>3</sup> Entre los demas es digna de conservarse la memoria del P. Juan María Salvatierra, noble jesuita Milanés, que sabiendo aquel levantamiento, bien que á la sazón estaba lejos de los Tarahumares, luego que entendió que se les habia pasado el primer ímpetu,

1 Apéndice al Cristiano feliz del Muratori, relacion de Sinaloa.

2 Hist. manuscrita del P. Jaime Dugé, que se conserva en la mision de Huicihuic en la Tarahumara.

3 Apéndice al Cristiano feliz de Muratori, rel. de Sinaloa.

con la autoridad y amor que se grangeó entre ellos, pues los habia convertido á la fe, consiguió que se sujetaran á los españoles. Este gran servicio que aquel jesuita hizo á la corona, se lo agradeció el conde de Galve en una carta. (\*)

1690. 14. Hallo que en este año se volvió á tratar de poblar las Californias, en virtud de nuevas órdenes que habian llegado al virey. Estimulaba á Carlos II insistir en aquella expedicion, no solo la arduidad de la empresa que en un siglo no se habia podido conseguir, sino tambien las noticias que corrian de los muchos placeres que habia en aquellas costas: este nombre dan en la Nueva España á los fondos del mar criaderos de perlas, de las cuales se habian visto algunas en la Europa de tan bello oriente, que no cedian á las orientales. A mas de esto, el ánimo religioso de aquel Rey deseaba que en sus dias se convirtieran aquellas naciones, á

(\*) El Editor.—En 18 de Mayo de este año de 1689, el Sr. arzobispo D. Francisco Aguiar y Seixas, arreglándose al proceso ó informaciones jurídicas que se practicaron, pronunció sentencia de ser milagrosa la renovacion del Cristo crucificado que se venera en una magnífica capilla de Sta. Teresa, la antigua de Méjico. Remitióse el proceso original á Madrid segun Salazar. En esta renovacion portentosa, cuya historia está escrita difusamente con el proceso, y por eso la omito, consta que en esta imagen sufrió Jesucristo las agonias que en el triduo de su crucifixion en el Gólgota. Su infinita misericordia no se contentó con aquella pasion general hecha por todo el género humano, sino que sufrió otra para purificar este suelo mejicano de las innumerables abominaciones é idólatras con que se coquinó en los muchos siglos en que estuvo hundido en crímenes los mas detestables. El culto que se le dá es magnífico, y á sus pies santísimos derraman los mejicanos sus corazones diariamente. La vista de este Señor, lleno de dignidad y modestia, no puede dejar de conmovér al hombre mas endurecido, y nadie osa fijarla en su rostro sin conturbarse. En ciertos dias despiden una fragancia extraordinaria y exquisita, salida de la misma efigie.

quienes no faltaba sino sacerdotes que las instruyeran en los misterios de la fé. Para ejecutar el conde de Galve este mandamiento con parecer de la audiencia, preguntó al capitán Otondo, que, como dijimos, cuatro años atrás habia vuelto de aquella península, cuánto sería menester para llevar y mantener un presidio en aquellas partes. Este respondió que treinta mil pesos anualmente bastarian. El virey mandó que se opondría dicha cantidad; pero desgraciadamente en aquellos dias llegó órden de remitir \$500,000 á la corte, dejando para mejor ocasion la expedición de Californias, y de entender solamente en la pacificación de los tarahumarés.<sup>2</sup> Mientras que en esto entendia, el conde de Galve, proveyó que el gobernador de Coahuila formara un presidio en la Laguna de S. Bernardo, en el mismo parage en que los franceses intentaron establecerse, lo que en este año se ejecutó, y se reunieron en tres pueblos varias rancherías de indios gentiles, que á lo que congeturo, quedaron al cuidado de misioneros franciscanos.

15. Al mismo tiempo que el conde de Galve atendia á la propagacion del dominio español en aquel continente, hacia grandes preparativos para la jornada de la isla española. Me persuadía que dió calor á este negocio<sup>3</sup> el haber sabido el conde que el gobernador de aquella isla habia conseguido con las armas desencastillar á los franceses de la isla de Tortuga, de donde habian hecho infinitos daños, no solo á las islas, sino tambien á la Nueva España. Hechos, pues, estos preparativos, y embarcados en la armada de Bar-

<sup>1</sup> Clavijero, hist. de Calif. tom. 1. lib. 2. párraf. 7.

<sup>2</sup> Villaseñor, teat. Americano, p. 2. libro 5. cap. 45.

<sup>3</sup> Charlevoix, hist. de Sto. Domingo, libro 7.

lovento, que constaba de seis naves de línea y una fragata, dos mil seiscientos soldados dieron las velas en el puerto de Veracruz en demanda de aquella, en cuya parte que cae al Norte, seis leguas distante del cabo frances, que nuestros españoles llaman Guarico, ancló con facilidad la armada. El desembarco se hizo sin oposicion de parte de los enemigos, y allí se nos unieron setecientos isleños, que tenían muy presentes los daños que poco antes recibieron de los franceses en la toma de la ciudad de Santiago. Ignoro los gefes que comandaron esta jornada, así en tierra como en mar, y esta ignotancia me es tanto mas sensible, cuanto que la accion fué la mas gloriosa que hubo en aquellos años en la América. Entre tanto, sabido en el Guarico el desembarco y fuerzas de nuestros mejicanos, su gobernador Mr. Cussi, viéndose sin tropa bastante para disputarles el paso, juzgó que el único partido que se debía abrazar, era el de disponer una celada; á esta se opuso el teniente Rey, Mr. Tranquesnay, que á lo que parece se preciaba de arriscado, y creyó mas glorioso á su nacion esperar á los mejicanos en la llanura de la Limonada. Este fué el parecer que prevaleció en el consejo de guerra, á donde se encaminó con las milicias de la isla, y demas gente de guerra Mr. Cussi, en cuyo valle con toda comodidad escogió sitio ventajoso para poner su campo. Entre tanto que los franceses entendian en esto, nuestros mejicanos corrian la campaña, sin encontrar cuerpo alguno de enemigos que les disputara el paso, y sabiendo de algunos prisioneros que los franceses se fortificaban en el Valle de la Limonada, corrieron tras ellos.

<sup>16</sup> Llegados allí, y observado el cam-

<sup>4</sup> Charlevoix, hist. de Santo Domingo, libro 9.

po enemigo, despues de haber jugado la fusilería y artillería, cuando vinieron á las armas blancas, los franceses llevados de su fogosidad arremetieron contra nuestros mejicanos con tal furor, que desconcertaron nuestras líneas, y este desórden acaso hubiera sido principio de la victoria, si quinientos lanceros que habian venido de Nueva España, y que estaban de reserva, no hubieran sacado á los suyos con aire de aquel lance; pues habiendo hecho prodigios de valor, dieron tiempo á que se volvieron á ordenar las líneas. Los franceses entretanto, perdida aquella ventaja, no pudieron sostener el ímpetu de nuestras tropas y así su derrota fué completa, no habiendo quedado con vida, sino solo los que en los vecinos bosques se salvaron. Como quinientos quedaron tendidos en el campo de batalla: entre ellos Mr. Cussi gobernador, á quien los nuestros hallaron traspasado de una lanza, el lugar teniente Rey Tranquesnay, su sobrino Mr. Butteval, con mas de treinta oficiales y trescientos Filibusteros ó piratas, que eran la flor de las fuerzas francesas. Esta batalla decisiva que se dió en el mes de Enero, hizo á los españoles dueños de todo el Norte de aquella isla, ni volvieron á ver la cara al enemigo. El comandante, considerando que el perseguir á los fugitivos en un pais embarazado de malezas, era obra mas larga que gloriosa, apresados los buques que se hallaron, hechos muchos prisioneros, é incendiada la ciudad del Guarico con las demas poblaciones, sin tocar á la costa de Owest, en donde los franceses tenían buenos establecimientos, que seguramente podian haber destruido, dió la armada la vuelta á Veracruz.<sup>2</sup> El conde

<sup>1</sup> Sigüenza, hist. de la guerra de la isla Española.

<sup>2</sup> Eguiara, Bibliot. mejicana. fol. 477.

de Galve dió solemnemente las gracias á Dios de aquella victoria, en Catedral, y D. Carlos de Sigüenza, célebre literato mejicano, poco tiempo despues dió á luz la historia de esta jornada.

1691. 17. Establecido ya en el año antes el presidio de la laguna de S. Bernardo, que defendia la costa de los piratas, quedaba por guarnecer la vecina provincia de *Asinais*, ó como llaman los españoles de Tejas. Esta nacion de natural pacífico, acaso sobre todas las de aquel continente, mostraba deseos de convertirse á la fé, y de estar sujeta á los españoles, razones que movieron al conde de Galve á mandar al gobernador de Coahuila que pasara á aquella provincia, y escogiera sitio oportuno en donde dejara un presidio, y para la conversion de los naturales proveyó que catorce padres franciscanos trabajaran en aquel ministerio. El presidio y misiones efectivamente se pusieron en este tiempo; pero habiendo despues de dos ó tres años sobrevenido una larga seca, que causó la muerte de los ganados que allí se habian llevado, la pérdida de las sementeras, y el enagenamiento de los españoles por las vejaciones que hacian á los indios, se abandonaron casi todas las misiones.<sup>4</sup> Mientras que esto pasaba en Tejas, Méjico y sus ciudades vecinas se hallaron afligidas con el azote de la hambre. Parece que la causa habia sido, no la escasez de lluvias, sino las tempranas heladas; pues por lo comun de ahí nacen las pérdidas de los maizales en la Nueva España. La falta, pues, de esta semilla, que es la que únicamente causa hambre en aquel reino, por ser el pan de los indios, y de la mayor parte de

<sup>3</sup> Villaseñor, teat. Americano, p. 2. libro 5. cap. 45.

<sup>4</sup> Eguiara, Bibliot. Mejicana. fol. 111.

los españoles, hubiera sido mayor si el Virey y ayuntamiento no se hubieran valido de su autoridad para el abasto, no solo haciendo acarrear los maizes de las provincias vecinas, sino tambien de las lejanas. Pero habiendo sido este año tambien fatal para los naturales, se hicieron plegarias en las iglesias para que Dios se apiadara de aquel reino, en que parece que las estaciones del año se habian invertido. A mas de esto, se hicieron rigorosas pesquisas entre los cosecheros, para averiguar si ocultaban algunas partidas así de trigo como de maíz, y á los que hallaron los jueces comprendidos en este delito, sus semillas se adjudicaron al abasto. El presente año no fué escaso de aguas, antes bien fué tan abundante, que el 9 de Junio á la media noche llovió y granizó con tal tezon por el Poniente, que cuantas sementeras de maíz habia por los pueblos de la jurisdiccion de Tacuba, comenzando desde los Remedios hasta la ciudad, amanecieron encharcadas. Esa noche se perdió todo el trigo que habia en aquellos molinos, y continuando con exceso las aguas, todos los caminos se pusieron impracticables, y Méjico en diversas calles se inundó; mal que hasta fines del año duró. De aquí vino que la carga de trigo se pagaba á veinte y cuatro pesos.<sup>2</sup> En el oficio del ensayador se marcaron en este año ochocientos mil marcos de plata.

1692. 18. <sup>3</sup> Al comenzar á correr el año del Señor de 1692, el noble ayuntamiento de Méjico se componia de estos oficiales. Superintendente del desagüe, el oidor D. Francisco Fernandez Marmó-

1 Sigüenza, en sus manuscritos.

2 Gemelli, giro del mundo, p. 6, lib. 1. cap. 8.

3 Libro Capitular.

lejo: corregidor, D. Juan Nuñez de Villavicencio: alcaldes ordinarios, D. Alonso Morales, y D. Juan de Dios Medina Picazo: alguacil mayor, D. Rodrigo Juan de Rivera Maroto: regidores, D. Diego Pedraza y Vivero, D. Bernabé Alvarez de Ita, D. Juan de Torres, D. Luis Miguel Luyando y Berméo, D. Juan Manuel de Aguirre y Espinosa; escribano mayor interino, D. Gabriel Mendieta Revollo: contador, D. Francisco Morales: mayordomo, D. Francisco Manrique y Aleman: procurador general, el regidor D. Diego Pedraza: alférez real, el regidor D. Juan Manuel de Aguirre: diputado de casa de moneda, D. Luis Miguel Luyando: diputado de alhondiga, el alférez real: escribano de dicha, José del Castillo: capellan, Br. D. Francisco de Esquivel, y despues de tiempo entró de corregidor D. Teobaldo Gorraes Beaumont y Navarra. Gobernando estos la ciudad, el conde de Galve que estaba muy cuidadoso de la calamidad de la hambre que seguia, y que debia durar hasta la mitad del Otoño, á persuacion de su asesor D. Gaspar Sandoval, <sup>4</sup> dió licencia para que el Dr. D. Ambrosio de Lima y Escalada diera á luz un libro en que convencia de ignorantes á los médicos que habian aconsejado á la ciudad quince años atrás, que prohibiera las siembras del grano que llamaban blanquillo, que acaso es la álaga ó escanda, como perjudicial á la salud. En estas providencias entendia el conde, cuando la ciudad habia llegado casi al extremo de la necesidad. Y como la gente pobre se impacienta fácilmente con las calamidades públicas por tocarles mas de cerca, se tenia gran cuidado en persuadirle que se pensaba en el abasto de maíz, que entretanto los ricos con sus abundantes limosnas su-

4 Eguiara, Bibliot. Mejicana fol. 111.

plian la falta que habia. En efecto, estos mostraron toda la compasion que se podia esperar de su cristiandad, y se vieron en este particular ejemplos dignos de la primitiva iglesia. Sobre todos se señaló el arzobispo D. Francico de Aguiar y Seixas, prelado, que quanto excedia á los demas en su ministerio, tanto daba las mayores pruebas de heroica virtud. Por medio de sacerdotes de su aprobacion <sup>1</sup> consolaba á todos, y agotadas sus cuantiosas rentas se adeudó. No en valde los mejicanos lo veneraron como á padre comun.

19. <sup>2</sup> En este lamentable estado se hallaba Méjico en el mes de Junio, cuando la gente maligna que no falta en las grandes poblaciones, comenzó á murmurar del gobierno que en aquellos dias habia enviado comisarios á comprar todo el maíz que habia en Chalco, Toluca y Celaya, no de otra manera que el Virey y regidores hubieran tomado esta providencia para alzar el precio del maíz. Estas murmuraciones, propagándose de unos en otros, tomaron tanto cuerpo, que por despique al anochecer del ocho, la plebe se amotinó, y despues de haber apedreado las ventanas de palacio, y cometido otros insultos que no pudieron impedir ni los vecinos de mayor autoridad, ni el Arzobispo, pegó fuego al palacio del Virey, á las casas de cabildo y á los cajanos, como allí llaman, ó tiendas de tablas de mercaderes que están al rededor y en el medio de la plaza, de donde robaron todo el dinero que habia. La audiencia, corregidor y alcaldes, corrieron á juntar gente para apagar el incendio; pero sus diligencias fueron inútiles, y el fuego continuó toda la noche. <sup>3</sup> En esto se trabajaba cuando

1 Gemelli, lib. 2. cap. 6.

2 Betancourt, tom. 1. trat. de Méjico, capítulo 2. Eguiara Bibliot. Mejicana, fol. 473.

3 Eguiara, Bibliot. Mejicana, fol. 473.

la voz de que se quemaban las casas de cabildo, llegó al retiro de D. Carlos de Sigüenza y Góngora. Este literato, honor de Méjico, exitado del amor de las letras y de la patria, considerando que en un momento iban á ser consumidos de las llamas los monumentos mas preciosos de la historia antigua y moderna de los mejicanos, que se conservaban en aquel archivo, con sus amigos, y alguna gente moza y denodada, á quien dió cantidad de dinero, partió para la plaza, y viendo que por las piezas bajas no era dable subir al archivo, pues el fuego las habia ocupado, puestas escaleras y forzadas las ventanas, aquellos hombres intrépidos penetraron en aquellas piezas, y aunque el fuego se propagaba por ellas, en medio de las llamas asiendo de aquí y allí los códices y libros capitulares, los lanzaban á la plaza, en cuyo ministerio tan arriesgado continuaron hasta que no dejaron monumento de los que no habian sido devorados por el fuego, y se salvaron los edificios vecinos en que tuvieron gran parte los presos que habian escapado por no quemarse, y en premio de su fidelidad obtuvieron la libertad. Al mismo tiempo los demas justicias rondaban por los barrios de la ciudad para impedir otros incendios, porque ninguno se persuadia á que fueran casualidad cuatro incendios en diversas partes á un mismo tiempo. El conde de Galve temeroso de algun insulto, aquella noche se quedó en S. Francisco, en donde se hallaba cuando el fuego se manifestó.

20. <sup>4</sup> Al dia siguiente comenzaron las pesquisas de los autores de los incendios, y se prometieron premios y aun la impunidad, al que los descubriera. De uno ó de otro modo se halló que ocho de la ple-

4 Betancourt, tom. 1. trat. de Méjico, capítulo 2.